

Una aproximación filológica a dos relaciones de Pedro Porter Casanate (1611-1662), explorador del golfo de California

Ramón Manuel Pérez Martínez
Universidad Autónoma de San Luis Potosí
ramon.perez@uaslp.mx

Pedro Porter Casanate es uno de los exploradores españoles en América menos estudiados, a pesar de la considerable cantidad de escritos que produjo como resultado de sus viajes; no obstante, su obra y su trato con intelectuales de la época permiten apreciar un caso de feliz convivencia de armas y letras como la que recomendaba el Humanismo. Aquí se tratarán desde una perspectiva filológica dos documentos en que Porter narra un

mismo viaje al golfo de California: uno de corte burocrático, dirigido a justificar sus exploraciones, y otro de estilo novelesco, para exaltarse a sí mismo como personaje épico; la comparación de ambos permite apuntar algunas consideraciones respecto de los distintos estilos y propósitos persuasivos tanto como valorar textualmente fronteras y vínculos entre el documento histórico y la ficción ideologizada de la exploración.

Palabras clave: Porter Casanate, California, exploraciones, relaciones de viaje, Nueva España.

A finales de abril de 1611 nació en Zaragoza Pedro Porter Casanate. Fue el tercero de los hijos de una familia aragonesa acomodada y con pretensiones: se decían descendientes de Bernardo Porter, camarero y embajador en Babilonia de Jaime I *el Conquistador*, uno de los monarcas más poderosos de Aragón cuyo gobierno, entre 1213 y 1276, había extendido los dominios del reino a Mallorca, Valencia y el condado de Barcelona.¹

¹ Fue Andrés de Uztarroz, amigo personal de Porter y cronista de Aragón entre 1646 y 1653, quien en su *Panegyrico sepulcral* aseguró que nuestro personaje descendía de Bernardo Porter; sin embargo, aunque ciertamente los Porter sirvieron a los monarcas aragoneses en distintos tiempos y en distintos puestos, José Antonio Armillas, profe-

Su padre, Juan Porter Escamilla, hizo una brillante carrera como abogado que lo llevó a ocupar el cargo de Justicia en Huesca, a ser miembro del Consejo de Aragón e incluso a ser nombrado Fiscal General del Reino de Aragón. Al parecer sus hermanos y él mismo estudiaron en la Universidad de Zaragoza (uno de ellos, Sebastián Marcos, llegó a ser rector de ella y Canónigo de la catedral), por lo que podría suponerse que sus primeros años perfilaban una vocación para las letras y el cultivo de las humanidades más que para la vida aventurera.²

Sin embargo, Porter abandonó la casa paterna y la universidad a los dieciséis años (1627), en circunstancias aún poco claras, e ingresó en la compañía de Gaspar de Corassa, perteneciente a la Armada de Mar Océano y de la Guarda de las Indias, bajo el mando de su capitán general don Fadrique de Toledo, marqués de Villanueva; una armada cuyo objetivo era garantizar las comunicaciones con el norte de Europa y proteger los envíos de metales.³

La de Porter es sin duda una biografía por sí misma novelesca y vinculada con casi todos los grandes asuntos de su época, por lo que no extraña que haya sido objeto en más de una ocasión de parcialidades, curiosas preferencias y polémicas, como en el caso de las críticas de Holmes a la exagerada defensa que Álvaro del Portillo hizo de los méritos de Porter.⁴ Lo cierto es que la figura y obra de Porter, aunque poco estudiada, ha sido tratada ya de un modo por demás intencionado, como lo hizo Anselmo Gascón al abordar su persona y sus hechos con un marcado y algo encendido tinte apologético, que tal vez no aporta en sí mismo demasiado pero sí revela el lugar que el personaje puede ocupar en el ánimo de los aragoneses.⁵

Ha habido, por supuesto, algunos estudios hechos desde una perspectiva más equilibrada y documentada, como el trabajo de Ricardo del Arco,⁶ que resulta fundamental para entender las inquietudes y formación de Porter. Del mismo modo son valiosos los aportes documentales

sor de la Universidad de Zaragoza, considera que esta prueba "no es nada sólida y de escasa confianza". Armillas, "Pedro Porter y Casanate", p. 249.

² Pero esto es algo que todavía se discute: Manuel Gracia Rivas duda de ello, entre otras cosas por la temprana edad a la que Porter habría dejado Zaragoza. Véase Gracia, *El sueño del "Nuevo Reino"*, pp. 17-18.

³ Díaz González, "Don Fadrique de Toledo", pp. 79-90.

⁴ Del Portillo, *Descubrimientos y exploraciones*; Holmes, *From New Spain*.

⁵ Gascón de Gotor, *Aventurero genial*.

⁶ Del Arco, "El Almirante Pedro Porter", pp. 783-844.

de W. Michael Mathes,⁷ así como los comentarios y ponderaciones de Miguel León-Portilla sobre los viajes de Porter.⁸ Tal vez los estudios más completos a la fecha sean las aproximaciones a la obra y figura de Porter del historiador de la Universidad de Zaragoza José A. Armillas⁹ y de Manuel Gracia Rivas, director del Centro de Estudios Borjanos, cuyo trabajo reúne y pondera buena parte de la documentación hasta ahora conocida y estudiada, y ofrece una interpretación mesurada de la obra de Porter.¹⁰

Una circunstancia fundamental para comprender la vida y obra de Porter (y un problema geopolítico de la mayor importancia para la Corona española durante todo el siglo XVII) fueron las exploraciones marítimas al Pacífico septentrional, en busca de un paso al Atlántico norte. Desde muy temprano, el norte de América había captado la atención de los reinos europeos desde un punto de vista estratégico e incluso militar; ya en 1497 el genovés Juan Caboto, al servicio de la Corona inglesa, había explorado las costas del Atlántico norte intentando hallar un paso al Pacífico y las Indias orientales, con resultados nulos, de modo que al año siguiente volvería con refuerzos y más naves en busca de ese conveniente atajo, pero las naves desaparecieron en el Atlántico y nada más se supo ya de ellas. Ingleses y franceses continuarían la búsqueda de dicho paso, la cual se prolongaría por largos años.¹¹

Por ello, en cuanto Cortés aseguró la conquista de Tenochtitlán, también trataría de encontrar ese paso interoceánico por el Pacífico norte, intentando zanjar la competencia a favor de España y, sin duda, igualar las hazañas de Magallanes, que había encontrado ya el paso por el sur. Para ello ordenó en primer término a sus hombres de confianza que iniciaran las exploraciones. Así, como se sabe, las expediciones cortesianas comenzaron con la dirigida por Diego Hurtado de Mendoza en 1526 y culminaron con la de Francisco de Ulloa en 1539, con el descubrimiento de la peninsularidad de California. En 1542 el virrey Antonio de Mendoza comisionaría a Juan Rodríguez Cabrillo para que continuara la ruta de

⁷ Mathes, *Documentos para la historia*; Mathes, *Sebastián Vizcaíno*; Mathes, "Datos biográficos".

⁸ León-Portilla, *Cartografía y crónicas*.

⁹ Armillas, "Porter y Casanate", p. 2732; Armillas, "Pedro Porter y Casanate", pp. 249-258.

¹⁰ En 1970 Michael Mathes publicó una edición facsimilar de la obra más importante del Almirante, su *Reparo a errores de la navegación*; actualmente Manuel Gracia trabaja en la primera edición anotada de dicho texto.

¹¹ Una buena reseña de esta búsqueda puede verse en González, *Atlas histórico*, pp. 111-112.

Cortés y encontrara el paso norte entre los dos océanos; Cabrillo alcanzó los 44 grados, al norte de San Francisco, y recorrió toda la costa californiana, pero enfermó y murió en la Isla de la Posesión y Bartolomé Ferrero debió continuar el viaje. Después de esto y durante algún tiempo las exploraciones se suspendieron, pues el virrey de Mendoza fue trasladado al Perú y la presencia de piratas ingleses en el Pacífico llevaría a la Corona a centrar su atención en el paso sur, con el fin de fortalecerlo.

Por algunos años en que la actividad española en esas aguas se limitó a proteger y garantizar la ruta comercial a Filipinas se suspendieron las exploraciones al golfo y la península de California, pero en 1627 un yerno de Sebastián Vizcaíno, Martín de Lezama, seducido por las muchas y ya viejas noticias sobre la presunta riqueza en perlas que ahí se encontraría, probó fortuna, aunque sin éxito, pero desencadenó de nuevo la curiosidad y los intentos. Así, en 1632 Francisco Ortega y su piloto Esteban Carbonel emprendieron otro infructuoso viaje, aunque a su regreso “se hacían lenguas de los tesoros californianos” que con muy poca probabilidad habrían visto.¹² Y es en este momento cuando entra en la historia de las exploraciones septentrionales el ya entonces capitán Pedro Porter Casanate,¹³ llegado por vez primera a la Nueva España en 1635 y que se incorporó a la obstinada, prometedora y competida aventura de exploración del golfo de California, territorio que había cobrado ya cierto prestigio mítico entre los exploradores, pero que a la vez suscitaba no pocas reservas para su exploración por parte de la Corona, que veía con cautela la eventualidad de encontrar el famoso paso del norte y abrir con ello otra peligrosa puerta a los piratas. Así, en medio de una enorme expectación, en 1636 el virrey Cadereyta concedió licencias simultáneas para descubrir a Francisco de Vergara, asociado con Francisco Esteban Carbonel (16 de enero), y a Pedro Porter, asociado con Alonso Botello (23 de septiembre).¹⁴

Las dos licencias no hicieron otra cosa que agravar la competencia entre ambos equipos pretendientes y convertirla en abierto conflicto, que llegó hasta el grado de que se acusara a Carbonel de ser hereje y francés, es decir traidor en el contexto bélico imperante. De tal modo, las dudas

¹² Gil, *Mitos y utopías*, p. 151.

¹³ Había alcanzado el grado de capitán de mar después de su participación, bajo el mando del almirante Antonio de Oquendo, en la victoria de las fuerzas españolas frente a las suecas en Nordlingen. Gracia, *El sueño del “Nuevo Reino”*, p. 87.

¹⁴ AGI, Patronato, 31; AGI, Guadalajara, 133; “Mandamiento del Virrey de Nueva España”, en AHN, Col. Fernández Navarrete, 2476. La mayor parte de estos documentos han sido indizados por Gracia, *El sueño del “Nuevo Reino”*.

sobre la posibilidad de alcanzar el paso marítimo del norte, la propia competencia descarnada entre los marinos, así como la discusión en torno a la utilidad de tal descubrimiento, llevaron a Cadereyta a revocar las licencias a todos el 11 de noviembre de 1636.¹⁵

Porter emprendería de inmediato un viaje a España para intentar defender sus derechos de exploración en la corte, y después de no pocas aventuras (que incluyeron la prisión en Curazao bajo el poder del pirata holandés *Pie de Palo*) llegaría finalmente a Madrid en 1638, con la corte sumida en graves problemas, debido entre otras cosas a la errática conducción de la guerra de los Treinta Años. Al fin, en 1640, Porter consiguió la licencia exclusiva para la exploración de California y junto con ello el nombramiento de almirante.¹⁶ Alcanzó además el más importante título de su carrera, el de caballero de la Orden de Santiago.¹⁷

Con todo, no fue sino hasta 1644 cuando Porter pudo regresar a la Nueva España. De inmediato se dedicó a construir por su cuenta los barcos para la expedición; los nombres de los navíos anunciaban su intención de promover el reino de Aragón: Nuestra Señora del Pilar y San Lorenzo. Sin embargo, un incendio provocado acabó con los barcos y el astillero el 24 de abril de 1644, lo que significó sin duda un golpe demoledor pero que no bastó para hacer sucumbir la voluntad de Porter, quien se limitó a dar cuenta de lo ocurrido y a comenzar de nuevo la búsqueda de apoyos,¹⁸ no sin promover la persecución judicial del delito y sus responsables.

Con esto las cosas se complicaban terriblemente para Porter, de modo que en 1647 el rey escribió a México preguntando por qué tardaba tanto la expedición a California. Se le informó de los problemas económicos del almirante, y éste recibió finalmente el respaldo a una vieja solicitud: la del puesto de gobernador de Sinaloa, que había pedido desde 1644.¹⁹ Así,

¹⁵ AGI, Patronato, 31; AGI, Guadalajara, 133; “Mandamiento que expidió el marqués”, en AHN, Col. Fernández Navarrete, 2477.

¹⁶ “Real Cédula designando a D. Pedro Porter” y “Real Cédula concediendo licencia a D. Pedro Porter”, en AGI, México, 27.

¹⁷ AHN, Órdenes Militares (OM), 6617. Iniciaron las pruebas pertinentes el 13 de julio de 1640, véanse la “Real Cédula al conde de Oñate” y “Pruebas para la concesión, y concluyeron el 19 de diciembre de ese año con la concesión definitiva. Véase AHN, OM, Expedientillos, 2353, “Expediente de concesión del Hábito”.

¹⁸ “Carta de Pedro Porter a Juan Bautista Navarrete”, 20 de febrero de 1645, en AGI, Guadalajara, 134.

¹⁹ Dice Aurora Egido que la Corona respaldó siempre los proyectos de Porter, que al igual que su familia, en medio de las disputas peninsulares siempre fue realista. De hecho su hermano Juan José Porter fue cronista de Aragón en un momento de gran presión por

ejerció como gobernador de la provincia más septentrional del Pacífico hispano del 11 de marzo de 1647 al 8 de noviembre de 1651, periodo durante el cual pudo ver al fin realizados sus deseos.

El primer viaje de Porter comenzó el 23 de octubre de 1648; salió del puerto que había preparado en Sinaloa y alcanzó el delta del río Yaqui para volver al punto de partida el 7 de enero de 1649. Recorrió las costas del golfo y sus islas, y tomó “posesión por Vuestra majestad y por la corona de Castilla, de todas estas tierras, que llamé Nuevo Reino de Aragón”.²⁰ Fue un viaje de reconocimiento en el que recabó datos importantes de índole geográfica, etnográfica, y aun apuntó algunas curiosidades referentes por ejemplo a las ballenas que acudían a aparearse a las aguas del golfo.

Seis meses después, a fines de junio de 1649, comenzó el segundo y último viaje de Porter. En esta ocasión tampoco fueron notables los resultados, pues se enredó en el canal de Salsipuedes, entre la costa de la península de Baja California y la isla de San Lorenzo, justo a la altura de la actual ciudad de Hermosillo; y aunque en general no hubo resultados brillantes que reportar, lo que sí brilló fue su honestidad, pues mientras otros solían “hacerse lenguas” cada que regresaban de un viaje, así hubiese sido un completo desastre, Porter declara sin más que “si en esta relación no ofrezco a Su Magestad grandes reinos y riquezas es por ajustarme a la verdad que debo y no a los siniestros informes que otros han dado”.²¹

Finalmente el rey pidió al virrey de la Nueva España que llamase a cuentas a Porter, lo que ocasionó una discusión entre ambos sobre logros y beneficios de la empresa: no se ponía en duda el valor aclarativo de los viajes, pero se lamentaba que ni siquiera se hubiese llegado a establecer definitivamente si el mar de Cortés era un golfo o un estrecho: Porter se inclinaba por lo segundo y creía que el “paso del norte” sería justamente por ese “estrecho”. Con todo, después de esto la Audiencia de México le ordenó que con sus naves se dedicara mejor a avisar a las naves de Filipinas de enemigos en las costas del Pacífico.

Al fin se derrumbó la moral de Porter, quien desistió de todo empeño en seguir adelante con la exploración, por lo que finalmente el 8 de

parte de la Corona para que la censura “previniese o frenase cuanto los escritores aragoneses fuesen haciendo constar de los sucesos inmediatos”. Egido, “Descubrimientos y humanismo”, p. 80.

²⁰ AGI, Guadalajara, 134; “Relacion de lo sucedido al almirante”, 13 de abril de 1649, en AHN, Ms. 1509.

²¹ AGI, Guadalajara, 134.

noviembre de 1651 dejó el cargo de gobernador de Sinaloa. Su familia en Aragón insistió ante el rey para que Porter fuese compensado con otro cargo, y el rey escribió al virrey en ese sentido, pero Porter ya había renunciado dignamente a toda honra y había hecho generosa donación de sus barcos. En 1655 Porter fue enviado al Perú, como poco después lo sería también el virrey de la Nueva España (el conde de Alba de Liste), quien de inmediato lo nombró capitán general en Chile. Allí se recuperó de sus reumas y en siete años de gestión tuvo que luchar contra piratas, mapuches y araucanos para, finalmente, a la edad de 51 años y minado terriblemente en su salud, fallecer en Concepción de Chile el 27 de febrero de 1662.

Mientras se reponía del espantoso quebranto moral y económico que le significó el incendio de sus barcos en 1644 y la correspondiente necesidad de comenzar todo de nuevo, Pedro Porter escribió un par de documentos en los que pretendía dar cuenta de los acontecimientos que conformaron lo que podría haber sido su primera exploración. Se trata de textos de diferente estilo, movidos por propósitos persuasivos esencialmente distintos.

El primer documento podría ser considerado una relación o probanza de méritos, en virtud de que se trata de un texto de corte burocrático dirigido a la autoridad civil y cuyo fin era exponer los méritos que harían al autor merecedor de tal o cual prebenda, beneficio o cargo. Enrique Toral explica así el nacimiento de este género que tal vez podríamos llamar protohistoriográfico:

La necesidad de solicitar del Rey, a través de los diferentes Consejos, la provisión de los cargos, tanto civiles como militares, de libre elección los segundos y provistos en terna los primeros, fomentó entre nuestros mayores la mención circunstanciada de los méritos y servicios, tanto propios como de sus mayores, que podían influir en obtener a su favor el nombramiento apetecido.²²

²² Y añade: “Manuscritas en su origen tales relaciones y sin autoridad alguna en un principio, bien pronto el abuso de la empleomanía obligó a que se formasen por las Secretarías de los Consejos, con la base de los documentos que aportaban los interesados, bien referentes a ellos mismos, bien propios de sus pasados, y que a su costa se imprimieran en hojas sueltas y por tanto de difícil conservación, para su entrega a todas las personas que podían favorecer o influir en el logro de la codiciada prebenda”. En Toral y Fernández, “Cuatro relaciones”, p. 103.

En el caso de Porter, con su “Relacion de los sucessos”²³ pretendía argumentar sobre la base de sus méritos la conveniencia y justicia de su solicitud del cargo de gobernador de Sinaloa, que buscaba como medio de solventar sus deudas, apuntalar su maltrecha economía y en suma poder continuar y llevar a buen puerto sus exploraciones.

Años después, en 1649, Porter enviaría a su amigo Andrés de Uztarroz, a la sazón cronista de Aragón, la “Carta relación”²⁴ donde relata exactamente los mismos hechos que en la *Relación*, pero esta vez con un estilo épico, sentencioso y casi podríamos decir novelesco, profuso en ampliaciones y de claro propósito apologético, como acusa la introducción:

Linaje de traición conocido fuera negar a nuestra amistad algunos logros de mis trabajos en estas provincias tan remotas de mi patria; con que por no degenerar de la ley tan debida a nuestra recíproca correspondencia, epilogaré los principales sucesos de mi empresa en el descubrimiento del golfo de la California, suplicándoos en recompensa de mi afectuosa elección, comunicuéis esta carta a los amigos, que con la publicación de esta derrota conseguirá el premio que desea mi afán en tan ardua peregrinación.²⁵

El hecho de que Porter titule su primer documento “Relación de los sucesos [...]” y al segundo “Carta relación [...]” podría emparentarlos con un género de literatura de cordel que ha sido llamado justamente “relaciones de sucesos”, que se refiere a documentos que comenzaron a escribirse (y algunos a imprimirse en pliego suelto) a partir del siglo xv y, efectivamente, vinculados también con el género epistolar de la carta-relación, cuyos fines eran fundamentalmente informativos:

²³ El título completo del documento es “Relacion de los sucessos del Almirante Don Pedro Porter Cassanate, caballero de la Orden de Santiago, desde que salió de España el año de 1643 al descubrimiento del Golfo de la California, hasta fin del año de 1644”, México, 24 de febrero de 1645, en BN, Ms. 2376. En adelante se identifica simplemente como *Relación*.

²⁴ “Carta relacion de D. Pedro Porter Casanate, cavallero de la Orden de Santiago, desde que salio de España el año 1643 para el descubrimiento del Golfo de la California, hasta 24 de enero de 1644, escrita á un amigo suyo”, BN, Ms. 6438. En adelante, *Carta*. En algunas versiones paleográficas se ha leído “1649”.

²⁵ Como producto de una estancia posdoctoral en El Colegio de Sonora (2009-2010), he preparado una edición anotada y comparada de estos dos documentos de Porter Casanate; de ahí tomo la presente versión, modernizada en su ortografía y puntuación.

Su uso se iría extendiendo en el siglo XVI, en el que aparece ya la “relación de sucesos” de forma autónoma, para alcanzar su apogeo en el siglo XVII, sobre todo en los reinados de Felipe IV y Carlos II. Su desaparición vendrá condicionada por el nacimiento y éxito de las gacetas, ya en el siglo XVIII, que amplían el mundo informativo al contar las noticias periódicamente, y no de manera ocasional como lo hacían las relaciones.²⁶

Con todo, para este estudio parece más conveniente una perspectiva anterior a la literaria, menos anclada en la lexicalización que produjo la difusión en su forma de literatura de cordel y más cerca de la retórica de los textos burocráticos medievales con que se reportaban los méritos y servicios de los funcionarios o pretendientes. Esta perspectiva podría favorecer la clasificación de ese universo textual del modo siguiente:

- a) Actas y protocolos, escritos desde una retórica formular propia de la prosa notarial.
- b) Probanzas de méritos, cuyo estilo oscila entre la biografía y el discurso judicial para dar testimonio de servicios o probar acusaciones.
- c) Cartas y memoriales, donde se informa sobre episodios de conquista, se denuncian abusos y/o se solicitan reconocimientos.
- d) Relaciones de sucesos, textos que también pueden ser epistolares, sobre asuntos geográficos o históricos, cuya escritura se origina en la solicitud al rey o sus Consejos y que, efectivamente, puede tener una realización poética.

Como puede apreciarse, una continuidad desde la probable rigidez notarial a la escritura poética tiene lugar en la evolución del género, desde las actas y protocolos hasta las relaciones de sucesos; en esta lógica, el antecedente inmediato anterior a las cartas y relaciones sería justamente la probanza de méritos, cuyo propósito apologético suele mantener, sobre todo en aquellos textos no producidos para el consumo popular. Curiosamente, de tenerse por aceptable esta hipótesis de lectura y clasificación, encontraríamos en Porter una suerte de subversión del género, pues es en su *Carta* donde es posible hallar la realización poética, mientras que

²⁶ SIERS, “Boletín informativo”, en <http://rosalia.dc.fi.udc.es/BORESU/Introduccion.html>. García de Enterría calificaría el estilo de las relaciones de sucesos como “retórica menor”, por sus pretensiones poéticas cultistas y su rebuscamiento. Véase García de Enterría, *Las relaciones de sucesos*. Otro libro en que se trata y define el género es la compilación de artículos de Bégrand, *Las relaciones de sucesos*, como también el artículo-proyecto de López Poza y Pena Sueiro, “Diseño”, pp. 367-379. Un breve pero sustancioso estudio de conjunto es el de Pena, “Estado de la cuestión”, pp. 43-66.

en su *Relación* mantiene el discurso burocrático; aunque, es cierto, se debe recordar que Porter ha concebido su carta a Uztarroz como “carta relación”, lo que complicaría en más de un sentido las cosas.

Sea como fuere, los del almirante son dos documentos que resultan divergentes en cuanto al estilo aunque convergentes en cuanto a los hechos narrados, además de ser también complementarios en cuanto a los propósitos persuasivos: con uno buscaría la retribución material y temporal que a su juicio merecía por sus méritos; con el otro procuraría el salto a la fama y la garantía de la posteridad. De este modo, si la *Relación* sigue un discurso que tal vez podríamos llamar “historiográfico”, gracias a su estricta narración en tercera persona y al hecho de que se detiene en el señalamiento de los días y lugares precisos en que ocurrieron los acontecimientos, en la mención de los nombramientos de los sujetos que intervienen en el relato, así como en otros detalles de importancia jurídica para a una probanza de méritos, la *Carta* participa de un estilo con mucho más elegante, en ocasiones más sintético y eficaz, aunque a veces la elisión en lugar de abreviar hincha el discurso con cierta pedantería.

En general, es la amplificación retórica la que campea (o más bien navega) por la *Carta*, logrando en algunas ocasiones arreglos francamente notables, como cuando narra la primera llegada de Porter a la Nueva España y el comienzo de sus trabajos, que en la *Relación* va del siguiente modo: “presentó al virrey conde de Salvatierra su despacho que se obedeció a veinticinco de septiembre y desde este día, a fuerza de industria y de trabajo, comenzó a buscar amigos y dineros”; en cambio, en la *Carta* el texto se extiende afectado por las constantes valoraciones del relato:

Presenté mis despachos al conde de Salvatierra, Virrey, que no con menor deseo y solicitud ayudó mis intentos alentando los ánimos que pudieran desmayar a vista de mi insuficiente experiencia. Esforcé como pude mis esperanzas y, a fuerza de industria y no pequeño trabajo, busqué amigos y dineros; y en la buena acogida fundé de nuevo nuevos motivos para seguir, sin perdonar riesgo alguno, el desempeño de mi carrera.

Del mismo modo, si en la *Relación* se habla de “algunas refriegas de vientos” que sufrió uno de sus navíos en Mazatlán, en la *Carta* éstas se convierten en “muchas y continuada batería de los vientos encontrados”; y si en la *Relación* un indio anciano a quien obedecía gran número de sus paisanos daba la bienvenida y pedía amistad, en la *Carta* se trataba de “un cacique, que con venerable barba, causando su autoridad respeto, aseguraba la obediencia de su bárbara ley”, y que “decía largos razonamientos, que no pudieron entenderse, aunque del exterior semblante

se juzgó era dar la bien venida, pidiendo humilde seguridad y pactos de amistad con los nuestros”.

En definitiva, el ejercicio del estilo es con mucho más cuidado y fino en la *Carta* que en la *Relación*, anticipando una evolución del texto hacia la escritura literaria que, de entrada, en la poderosa ornamentación tiene su carta de presentación. Describiendo Porter el sitio que había elegido como astillero para la construcción de sus barcos, salta de una mera enumeración ligada por argumentos escuetos y puntuales, como aparece en su *Relación* (“tiene grande abundancia de maderas vecinas al río a donde llega la marea y es muy fondable; si bien hay dos contrarios irremediables: uno de inmensidad de mosquitos que no dejan trabajar la gente y otro que sólo desde noviembre hasta San Juan puede fabricarse, por inundar y explayar el río dos y tres leguas la ribera”), a una amplificada descripción tal vez incluso algo ampulosa de las mismas condiciones, que recuerda la pulsión por lo raro que afectaba cierta literatura menor de la época:

Produce en abundancia variedad de árboles cuya multitud le hermosea y abastece, enriqueciéndole con lo precioso de las maderas peregrinas que produce; besa sus verdes faldas el río Santiago en cuyas riberas se ventilan apacibles las mareas, y aunque en dilatados senos se esparce anchuroso, con todo, fácilmente se puede apearse. Tiene esta montuosa estancia dos enfadosos contrarios: el uno es una inmensidad de mosquitos que pesadamente inquietan, en tanto grado, que ocupados en la defensa no pueden aplicarse al trabajo; y el otro, que solo desde noviembre hasta San Juan puede fabricarse, por inundar y explayarse arrebatado el río más de tres leguas.

Sin duda uno de los lugares en que es posible advertir este salto del estilo recto o historiográfico (en el sentido en que lo pretendían los historiadores humanistas) a uno poético o literario, con claras pretensiones estéticas, es en la metaforización de lo descrito, pues una montaña desde donde podía verse el Golfo de California se convierte sin más en un lugar desde donde “se señoreaba” el mar, unas playas llenas de indios se transforman en unas playas “coronadas” de indios, y un “tiempo que era riguroso para proseguir el viaje” se amplía en un pequeño relato en el que “embargó su disposición el tiempo, que riguroso soltó la presa. Andaba suelto el remolinado huracán y, embravecida la mar, quiso al parecer tomar venganza, si no de la desconfianza de la curiosidad”.

Se trata de un procedimiento escriturario que no sólo figura la realidad sino que incluso le atribuye subjetivamente valores improbables, cosa que en absoluto comulga con el ideal de testigo de vista con que las

preceptivas procuraban que se presentase un cronista o historiador por esos años;²⁷ de este modo, el relato objetivo del recibimiento que algunos pobladores de las costas bajacalifornianas dieron a los navíos (“luego que los indios descubrieron la vela hicieron fuegos, y llamándolos salieron a recibir a los nuestros a la mar en balsas”), se enriquece con elementos indemostrables: “Al punto que los indios descubrieron la vela, llevados del alborozo hicieron fuegos en demostración del interior de su afecto, llamando a los nuestros a quienes salieron a recibir a la playa; dando, en lo que se les alcanzaba, argumentos del gusto en que rebosaban”. Por supuesto, todo ello revela entre otras cosas el gran sentido que tenía el propio Porter de la diferente naturaleza de su *Carta* frente a la *Relación*, pues en ésta parece renunciar a toda exposición estética de los hechos mientras que en aquélla manifiesta completamente su estilo personal, como aquel estilo sentencioso que ya le había señalado el célebre jesuita Baltasar Gracián, con quien al parecer tuvo no poca relación, si no directa, al menos porque ambos participaban en el famoso círculo intelectual de Huesca, como adelante se verá. Si en la *Relación* ha escrito sucintamente que ha mandado “que los socorros, y pagas de los indios se hiciesen ante los alcaldes mayores de la provincia”, en la *Carta* añade: “y por ser de calidad siempre el interés (aun donde casi no se conocía), el que se hace príncipe jurado de los ánimos, hice que los socorros y pagas de los indios se hiciesen ante el alcalde mayor de la provincia”.

Con todo, no es ni en la ornamentación ni en la figuración del discurso, ni siquiera en el ejercicio pleno de su estilo personal, donde resulta más evidente una pretensión que tal vez podríamos llamar “novelesca” por parte de Pedro Porter en su *Carta* a Uztarroz, sino en la construcción de sí mismo como personaje épico, en la conciencia que parece tener de la calidad artística de su relato y su función en ella de narrador, así como en los modos en que procede su encadenamiento narrativo. De lo primero da cuenta en principio la narración en primera persona (a diferencia de la *Relación*, que está escrita en tercera), y también la inclusión de verbos que fortalecen la función del personaje,²⁸ pero sobre todo la forma de referirse

²⁷ Sobre historiografía humanística y su probable influjo en los historiadores del siglo XVII puede verse Kohut, “Retórica, poesía e historiografía”, pp. 345-374; o bien directamente la obra de Fox Morcillo, *De historiae institutione* [1557], lo mismo que la de Vives, *Del arte de hablar* [1553]. Para una discusión ponderada de los mismos asuntos, aunque referida a la historiografía religiosa de la época, puede verse mi artículo “La reflexión histórica”, pp. 189-215.

²⁸ Por ejemplo, si en la *Relación* ha escrito “Con esta última resolución de Su Majestad y los títulos y cédulas que se le dieron para el viaje se embarcó en los galeones de la

a los propios hechos: por ejemplo, en la *Carta* llama “conquista” a lo que en la *Relación* es sólo una “empresa”.

En ninguna parte de la *Relación* el narrador de los hechos se hace presente; parece ser sólo una voz distante, secretarial, que toma nota de acontecimientos que simplemente debe transmitir; en cambio, en la *Carta* no faltan expresiones del tipo “como dije en otro lugar”, “aquí también”, etc.²⁹ Y si la *Relación* es respetuosa en narrar en cada párrafo una acción diferente (por ejemplo, en uno relata desde la partida del almirante de Cádiz a su llegada al puerto de Veracruz; es decir, narra exclusivamente el viaje por mar), en cambio la *Carta* encadena en un mismo párrafo el principio de la acción que será narrada en el siguiente, lo que sin duda contribuye a un ritmo narrativo más estéticamente efectivo.

Con toda probabilidad el gusto de Porter por la azarosa vida en el mar, sus lecturas, su historia personal y su formación literaria contribuyeron a escribir un relato que merecía haber encontrado mejor recepción en las prensas de su país (o del nuestro), un texto aunque modesto en cuanto a logros estéticos o renovación del lenguaje, sí cargado de los argumentos del viaje, lo nuevo y el riesgo, elementos sustanciales de la vieja novela de aventuras. Así, por ejemplo, el relato de una escaramuza con piratas rezuma el gusto militar del narrador por tales lances:

seis navíos holandeses habían surcado aquel mar, donde pelearon con los nuestros en Chile mucho rato [...] Ajusté mi comercio, y arbitrando en la misma imposibilidad, aconsejado más del celo que del despecho, socorrí con mi fragata Nuestra Señora del Rosario, donde recogí más gente, remití más armas, municiones y pertrechos [...] Al mismo tiempo se me juntaron dos tropas de gente que había despachado desde México, y asistiéndole don Francisco Valero, justicia mayor de aquel partido, dio con mucha brevedad carena, hizo jarcias, velas y aguada, previno la fragata para tres meses, armóla de remos para ejecutar mejor la diligencia, buscando al enemigo [...]

plata”, en la *Carta* en cambio narra: “Obedecí esta resolución última de Su Majestad, embarcándome en los galeones de la plata”. Las cursivas son mías.

²⁹ *Relación*: “En cinco de marzo tuvo aviso había llegado su fragata y gente de la California a salvamento, y quedaba en el río de Santiago donde era el astillero”. *Carta*: “En 5 de dicho mes llegó aviso había aportado su fragata y gente de la California a salvamento, quedando en el río Santiago donde, como dije, planté el astillero”. El subrayado es mío. Las cursivas son mías.

Uno de los elementos fundamentales para entender esta curiosa aunque magra obra de Porter (así como sus oscilaciones entre el discurso historiográfico y el novelesco) es la consideración de los estudios humanísticos vistos como un todo que estarían guiando y dando coherencia a este riquísimo comercio entre la filología, la geografía y la historia que el almirante aragonés protagoniza. Recordemos que los estudios humanísticos fueron en el Renacimiento no sólo el contexto ideológico e histórico propicio para el surgimiento de una nueva forma de saber, donde convergía un prometedor desarrollo de la geografía (vinculado con la realidad y el deseo de los enormes descubrimientos) con la inclusión de la historiografía como disciplina coherente con el *trivium* de la pedagogía clásica (útil tanto para fundamentar la autoridad histórica de los imperios que surgían como para reinventar la conciencia de lo histórico) y, finalmente, los esfuerzos filológicos por “reducir a arte” una lengua como la española, llevada a ser vehículo de dominación, cultura y poder durante siglos. En este sentido, 1492 no fue sólo el año de Colón y los descubrimientos geográficos, sino también el de Nebrija y su *Gramática*, principio sin duda de una amplia propuesta cultural para la lengua española.

Los estudios humanísticos abrirían también, como apunta Aurora Egido, un nuevo capítulo del conocimiento que implicaba inquirir, imaginar, pensar cosas nuevas, un sentido diferente del territorio y del devenir humano, con la retórica como instrumento de análisis de la realidad, pues la conjunción de ciencia, arte y humanismo condujo también a una íntima relación entre historia natural y lexicografía, por ejemplo, del mismo modo que los propios estudios geográficos estaban, por tradición clásica, impregnados de fuentes literarias que los ilustraban y avalaban. En este sentido, Pedro Porter Casanate, el

pintoresco aragonés [como lo define Ricardo del Arco] escritor de náutica, erudito, navegante y explorador del golfo de California, de noble familia, caballero de Santiago, que consumió en aquella empresa toda su fortuna con generosidad ejemplar y un “aragonesismo” sin límites,³⁰

sería un ejemplo magnífico del explorador humanista, aun cuando hablemos de medio siglo después de aquellos esfuerzos intelectuales, pues al igual que Colón, Porter no olvidaba su empeño “en ver de todas escrituras cosmografía, historias y filosofía, y de otras artes”.³¹

³⁰ Del Arco, *La erudición española*, p. 13.

³¹ Egido, “Descubrimientos y humanismo”, p. 71. En otro lugar escribe que Porter fue “uno de tantos hombres de mar que concibiendo la navegación como un arte, sintieron

Por ejemplo, los intentos de Porter por obtener permiso para la exploración de California, aunque enmarcados en la encendida competencia por hacerse de las supuestas perlas del mar de Cortés, no parecen sino moverse más bien por el interés de “pasar al mar del Sur a su costa, a reconocer y demarcar tierras y hacer observaciones de la navegación con nuevos instrumentos que fabricó”.³² De hecho su primer viaje tuvo una intención más bien científica, pues hizo junto a su cosmógrafo Domingo del Pasaje mediciones, derroteros, cartas, perspectivas, con lo que “se hizo un copioso diario, poniendo nombres a las costas, ensenadas, bahías, puertos, ancones, cabos, sierras, islas, canales, arrecifes y bajos”; y además, siguiendo tal vez su natural inclinación al señalamiento de errores, desliza apuntes que parecen tener como fin no sólo acreditar su propia exploración sino efectivamente aportar al conocimiento de las nuevas tierras: “parece pretendieron [sus predecesores] acreditar larga navegación, ensanchando las tierras [...]”.³³

Téngase en cuenta que Porter era ante todo un teórico de la navegación. Durante sus años de vida militar cultivó el conocimiento de dicho arte y mostró en más de una ocasión un curioso talante erudito, como en una sonora victoria en que participó con tan sólo dieciocho años contra unas bases piratas del Caribe en 1629, cuando, bajo el mando de Gaspar de Corassa, la armada española capturó buen número de buques enemigos y a 2 300 piratas ingleses, franceses y holandeses. Así, después de los combates Porter se acercó a conversar (al parecer en latín) con un prisionero inglés de alto rango sobre los hechos bélicos de la contienda acabada y, curiosamente, sobre técnicas de navegación. Esta afición tecnológica lo coronó en 1634 con la publicación en Zaragoza de su única obra medianamente conocida: el *Reparo a errores de la navegación*, libro que ciertamente no destaca por sus innovaciones, aunque sí por el señalamiento preciso y pragmático de los errores que observó y dedujo en la práctica de la navegación española en la época. Sin duda esta publicación le fue de mucho provecho, pues ese año, por recomendación del alto personaje a quien lo había dedicado (Don Fadrique de Toledo, marqués de Villanueva) fue nombrado capitán.

Es necesario agregar aquí que Porter no era un desconocido en la escena intelectual española de su época, aunque en México su nombre no

la necesidad de sustentar el edificio de sus empresas sobre los pilares de la cultura humanística”, p. 73.

³² “Relacion ajustada de los servicios”, 15 de septiembre de 1655, en BN, Ms. 3438.

³³ AGI, Guadalajara, 134; AHN, Ms. 1509. Ambas son citas de la ya mencionada “Relacion de lo sucedido al almirante”.

diga mucho: se le mencionaba con frecuencia en la correspondencia entre Andrés de Uztarroz, cronista de Aragón, y Tomás Tamayo de Vargas, cronista mayor de la Corona en los reinos de Castilla e Indias; éste contribuyó al conocimiento que Porter tenía de la historia de América y es un elemento importante en sus relaciones con los cronistas de Indias, como León Pinelo,³⁴ a quien conoció y trató en Madrid. En este sentido, puede decirse que el interés de Porter por la historiografía no sólo es consecuencia de su deseo manifiesto de hacer de sus hazañas historia escrita, sino que parece tener como base una genuina curiosidad, de otro modo no se explica que en 1641 haya ponderado en una carta a Uztarroz las virtudes de la *Crónica de San Agustín del Pirú* de fray Antonio de la Calancha, o que durante toda su vida haya mostrado gran interés por los trabajos del carmelita aragonés fray Jerónimo de San José, cronista de su orden y teórico reconocido de la historiografía.

Familiarizado con las tertulias e intrigas intelectuales de la época, Porter fue también mediador entre el controvertido Pellicer de Osau y Tovar y el propio Uztarroz en alguna disputa de índole erudita que sostuvieron; de hecho, el afecto entre Uztarroz y Porter sería tan grande que el primero dedicó al segundo el *Panegírico sepulcral a la memoria póstuma de don Thomás Tamayo de Vargas*. En suma, Porter buscó el contacto y el conocimiento de historiadores, se relacionó con la Academia de los Anhelantes de Zaragoza (a la cual pertenecían el propio Uztarroz y el poeta Lupercio Leonardo de Argensola), cultivó el renacentista género de la carta como ejercicio de conocimiento y transmisión de saberes e incluso proyectó un *Diccionario náutico*, obra no concluida pero sin duda una rareza en España antes del *Diccionario de Autoridades*. Así, el erudito y mecenas oscense Vicencio de Lastanosa escribió de Porter que fue “conocido por sus Escritos y Haçañas en ambos mares”,³⁵ y el mismo autor de la *Agudeza y arte de ingenio*, Baltasar Gracián, justamente lo consideró ejemplo de estilo sentencioso: “Cuando la sentencia es útil, se eterniza en la memoria. El no menos ingenioso que valiente zaragozano, el almirante don Pedro Porter y Casanate, suele decir que para valer, méritos y medios”.³⁶ Y justo por ello don Félix Latassa, en su *Biblioteca nueva de autores aragoneses* de

³⁴ Recopilador de las Leyes de Indias, oidor de la Casa de Contratación de Sevilla y autor de los *Anales o Historia de Madrid: desde el Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, hasta el año de 1658*.

³⁵ Lastanosa, *Museo de las medallas*.

³⁶ Gracián, *Agudeza y arte de ingenio*, p. 27.

1798, lo trata de “docto matemático, náutico y soldado de reputación, que únicamente debió al mérito sus ascensos”.³⁷

Un aspecto de la vida y las inclinaciones intelectuales de Porter, que muy poco ha llamado la atención de los estudiosos de su faceta como explorador, es su afición por la astrología, la cual habría metido en problemas nada menos que a uno de sus cosmógrafos, un personaje bien conocido en el ámbito de la literatura y la historia cultural novohispana: Melchor Pérez de Soto. Porter se refiere escuetamente a él como la “persona elegida para cosmógrafo del descubrimiento” (*Relación*) o bien como “perito cosmógrafo para el descubrimiento” (*Carta*); sin embargo, la relación entre ambos sobrepasa lo meramente profesional o circunstancial y, de hecho, resulta de lo más interesante. Pérez de Soto no fue al parecer sólo el cosmógrafo del almirante, sino que incluso se ha llegado a considerar al mismo Porter discípulo de Pérez de Soto en artes ocultas, como hace Romero de Terreros al afirmar que “Don Pedro Porter Casanate era hombre erudito, y a pesar de ser caballero de Santiago, [era también] aficionado decidido a ciertas ciencias que por aquel entonces mal se avenían con la ortodoxia. Cultivaba la astrología judiciaria, y como Melchor Pérez de Soto no era lerdo, halló en él un excelente discípulo”.³⁸ Al parecer se trató de un discipulado que, a decir de María Luisa Rodríguez, rindió buenos frutos, pues en su opinión Porter llegó a ser “maestro en el arte de realizar los pronósticos de Pérez de Soto”.³⁹

El cosmógrafo de Porter fue detenido y remitido en 1654 a la cárcel de la Inquisición gracias a su nutrida biblioteca, poblada de textos heterodoxos, y debido también a una acusación por practicar la astrología que pesó sobre él, como puede verse en el “Inventario de los libros que se hallaron a Melchor Pérez de Soto, vecino de esta ciudad, y obrero mayor de la santa Iglesia Catedral della, los cuales se metieron en la Cámara del Secreto deste Santo Oficio”, publicado por Julio Jiménez Rueda en sus *Documentos para la historia de la cultura en México*.⁴⁰ Su colección librerca, a decir de Beatriz Garza Cuarón, no tuvo rival en la Nueva España.⁴¹ Al parecer buena parte de la acusación ante el Santo Oficio estuvo fun-

³⁷ Latassa, *Biblioteca nueva*, p. 239.

³⁸ Romero de Terreros, *Un bibliófilo*, p. 24.

³⁹ Rodríguez, *Del estamento ocupacional*, p. 124. Más sobre la relación de Porter Casanate y Pérez de Soto con la astrología véase en Ávalos, “Cosmografía y astrología”, pp. 27-40.

⁴⁰ Jiménez, *Documentos para la historia*, pp. 3-94. Lo mismo puede verse en Osorio, *Las bibliotecas novohispanas*, pp. 52-53.

⁴¹ Garza, *Historia de la literatura*, p. 83.

dada en su amplia colección de textos y dibujos astrológicos, la mayoría de ellos actualmente en poder de la John Carter Brown Library y que ha estudiado Barbara Skinfill.⁴²

Es éste sin duda un asunto de la mayor trascendencia para el conocimiento profundo de la personalidad de Pedro Porter, sin embargo queda por supuesto fuera de las intenciones del presente artículo. Por lo demás, no obstante los pobres resultados de su exploración, con toda justicia puede afirmarse que Porter no sólo fue el actor de su propia gesta sino que intentó ser también el autor de su propia historia, como lo hicieran antes muchos otros conquistadores y cronistas; en su caso, buscando la fama antes que las perlas. Para ello echó mano no sólo de su medianamente cultivado estilo personal sino también de sus contactos, de modo que en cartas de 25 de enero y 2 de febrero de 1642 Porter afirma con desenfado que el cronista de Aragón, su amigo Andrés de Uztarroz, escribirá sus hazañas de California.⁴³ Es decir, Porter quiere hacer historia y quiere hacer Historia, conjuntar la exploración y la escritura en una actividad a sus ojos coherente y necesaria, lo que sin duda vincularía las relaciones de méritos de Porter también con la literatura de viajes.⁴⁴

Para lograrlo, Porter realiza un curioso ejercicio consistente en llevar la narración de su primer viaje de exploración al golfo de California de una “relación de méritos” escrita con un estilo estrictamente burocrático y ajustado a la preceptiva adecuada al efecto (cercana sin duda al discurso historiográfico propiamente dicho, que procura la verdad factual) al relato novelesco en que consiste su carta a Uztarroz. Por ello resulta conveniente el estudio de la obra de Porter desde un doble enfoque historiográfico y filológico, a fin de valorar los textos desde un punto de vista contextual, político y, en suma, histórico, tanto como hacerlos objeto de un análisis propiamente textual o literario. Lo primero sería fundamental para dimensionar la obra del Almirante en sus justos términos históricos, y lo segundo permitiría observar el modo en que se estructura el discurso en sus relaciones de méritos, observando al menos dos propósitos persuasivos distintos: uno de corte burocrático, atento a la consecución de prebendas y beneficios de índole más bien material, y otro de corte literario atento al cultivo del estilo y a la búsqueda de la fama.

⁴² Skinfill, “Los caminos”, pp. 45-72.

⁴³ Ambas se encuentran en la BN, Ms. 7095.

⁴⁴ Como dice Egido, “el Renacimiento propició un género como el que ya he señalado de los libros de viajes y, por tanto, la labor escrituraria de Porter a mediados del siglo XVII gozaba de numerosos precedentes y modelos”. Egido, “Descubrimientos y humanismo”, p. 80.

Finalmente, es necesario apuntar que el arte descriptivo de Porter, su relación “poética” del viaje, sobrepasa sin duda el tono enumerativo de la retórica medieval para transitar hacia la síntesis de lo conocido y lo nuevo, así como hacia la individuación de los objetos; es un arte descriptivo que, como ha señalado Alejandro Cionarescu para el caso de Colón, supera el principio de autoridad gracias a la novedad real de lo visto y lo vivido.⁴⁵ Sin embargo, conviene no sobreestimar en modo alguno la obra cronística de Porter, pues sin duda “el tiempo dedicado a la acción fue mayor en él que el proporcionado a los escritos y a los estudios, pero es evidente que éstos se integraban en una misma voluntad y son inseparables de su vida de almirante”, como afirma Aurora Egido.⁴⁶ En su tiempo, sin embargo, no entre sus contemporáneos mexicanos pero sí entre sus conocidos aragoneses, su obra le valió unas octavas, épicas y gongorinas como correspondía, en la fábula mitológica de Juan de Moncayo⁴⁷ *Poema trágico de Atalanta e Hipomenes* (Zaragoza, 1656):

Este varón, que en todo fin segundo
Será de España otro Colón primero,
Crédito de Aragón, pasmo del mundo,
Ilustre de sus glorias verdadero:
Es don Pedro Porter, cuyo profundo
Genio la fama mereció luzero,
Sin voces aplaudió la lisonjera,
Quando en él la lisonja verdad fuera.

Árbitro de los Mares, y los vientos,
Gloria de España, y de Aragón primera,
Por dueño de tan altos pensamientos,
Que el sol executarlos no pudiera:
Del Bóreas contrapuesto a los alientos,
Y a prozelosos piélagos, que altera,
Conseguirá con sus hechos singulares,
Romper los vientos y oprimir los mares.

⁴⁵ Cionarescu, *Colón humanista*, p. 65. También puede verse al respecto la tesis de Rodríguez, “Procedimientos de escritura”.

⁴⁶ Egido, “Descubrimientos y humanismo”, p. 82.

⁴⁷ Juan de Moncayo y Gurrea, marqués de San Felices, fue un poeta español que nació en Zaragoza hacia 1615 y debió fallecer después de 1656.

Aunque por supuesto ni Porter ni su obra merecen comparación alguna con Colón, sí es necesario reconocer que comparte con él una pretensión muy humanista que ya despuntaba también con Bernal Díaz del Castillo, guardadas aquí también las proporciones: su empeño en mostrarse como personaje épico en su propia crónica, dirigiendo el curso de los acontecimientos y dirigiendo también la escritura de ellos. Es decir, la personalidad y la obra del almirante aragonés lo muestran como un hombre que resumió en su vida y en su escritura el tópico humanista de la feliz convivencia de las armas y las letras.

Siglas y referencias

- AGI Archivo General de Indias, Sevilla, España.
AHN Archivo Histórico Nacional, Madrid, España.
BN Biblioteca Nacional, Madrid, España.
SIERS Sociedad Internacional para el Estudio de las Relaciones de Sucesos.

Bibliografía

- Arco y Garay, Ricardo del
“El Almirante Pedro Porter y Casanate, explorador del golfo de California. Noticias inéditas”, *Revista de Indias*, núm. 30, (1947), pp. 783-844.
— *La erudición española en el siglo xvii*, Madrid, Instituto Jerónimo Zurita-CSIC, 1959.
- Armillas Vicente, José Antonio
“Porter y Casanate, Pedro”, en Eloy Fernández Clemente (coord.), *Gran Enciclopedia Aragonesa*, vol. x, Zaragoza, Unión Aragonesa del Libro, 1982.
— “Pedro Porter y Casanate, explorador de California”, en Guillermo Fátas (dir.), *Aragón en el mundo*, Zaragoza, Caja de Ahorros de la Inmaculada, 1988, pp. 249-258.
- Ávalos, Ana Cecilia
“Cosmografía y astrología en Manila: una red intelectual en el mundo colonial ibérico”, *Memoria y Sociedad*, núm. 13, (2009), pp. 27-40.
- Bégrand, Patrick
Las relaciones de sucesos, relatos fácticos, oficiales y extraordinarios, Besançon, Universidad de Franche-Comté, 2006.
- Cionarescu, Alejandro
Colón humanista, Madrid, Prensa Española, 1967.

- Díaz González, Francisco Javier
“Don Fadrique de Toledo: capitán general de la Armada del Mar Océano”, *Revista de Historia Naval*, núm. 14, (1996), pp. 79-90.
- Egido, Aurora
“Descubrimientos y humanismo: el almirante aragonés don Pedro Porter y Casanate”, *Edad de Oro*, núm. 10, (1991), pp. 71-86.
- Fox Morcillo, Sebastián
De historiae institutione [1557], en Antonio Cortijo Ocaña (ed.), *Teoría de la historia y teoría política del siglo XVI*, Alcalá, Universidad de Alcalá, 2000.
- García de Enterría, María Cruz (ed.)
Las relaciones de sucesos en España. 1500-1750. Actas del primer coloquio internacional. Alcalá de Henares, 8, 9 y 10 de junio de 1995, Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá y Publications de la Sorbonne, 1996.
- Garza Cuarón, Beatriz
Historia de la literatura mexicana, tomo 2, México, Siglo XXI, 2002.
- Gascón de Gotor, Anselmo
Aventurero genial. Soldado, navegante, descubridor, publicista, Zaragoza, Imprenta Estilo, 1950.
- Gil, Juan
Mitos y utopías del Descubrimiento: II. El Pacífico, Madrid, Alianza, 1989.
- González Ochoa, José María
Atlas histórico de la América del Descubrimiento, Madrid, Acento, 2004.
- Gracia Rivas, Manuel
El sueño del “Nuevo Reino de Aragón”. La California de Pedro Porter y Casanate, Zaragoza, Diputación General de Aragón, 1989.
- Gracián, Baltasar
Agudeza y arte de ingenio [1648], ed. de Evaristo Correa Calderón, Madrid, Castalia, 2001.
- Holmes, Maurice
From New Spain by Sea to the Californias, 1519-1668, Glendale, A. H. Clark, 1963.
- Jiménez Rueda, Julio
Documentos para la historia de la cultura en México, México, AGN-Universidad Nacional Autónoma de México, 1947, pp. 3-94.
- Kohut, Karl
“Retórica, poesía e historiografía en Juan Luis Vives, Sebastián Fox Morcillo y Antonio Lull”, *Revista de Literatura*, núm. 52, (1990), pp. 345-374.

- Lastanosa, Vicencio Juan de
Museo de las medallas desconocidas españolas, Huesca, Juan Nogués, 1645.
- Latassa, Félix
Biblioteca nueva de los escritores aragoneses, Pamplona, Joaquín de Domingo, 1798- 1802.
- León-Portilla, Miguel
Cartografía y crónicas de la antigua California, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1989.
- López Poza, Sagrario y Nieves Pena Sueiro
 “Diseño de una base de datos para catalogación y estudio de relaciones de sucesos”, en Luis Díaz de Viana (coord.), *Palabras para el pueblo. Vol. I, Aproximación a la literatura de cordel*, Madrid, CSIC, 2000, pp. 367-379.
- Mathes, W. Michael
Documentos para la historia de la explotación comercial de California. 1611-1679, Madrid, José Porrúa Turanzas, 1971.
 — *Sebastián Vizcaíno y la expansión española en el océano Pacífico (1580-1630)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1973.
 — “Datos biográficos sobre el almirante de las Californias, Pedro Porter y Casanate”, *Estudios de Historia Novohispana*, núm. 4, (1974), pp. 105-115.
- Osorio, Ignacio
Las bibliotecas novohispanas, México, SEP, 1986, pp. 52-53.
- Pena, Nieves
 “Estado de la cuestión sobre el estudio de las Relaciones de sucesos”, en *Pliegos de Bibliofilia*, núm. 13, (2001), pp. 43-66.
- Pérez, Manuel
 “La reflexión histórica de fray Agustín de la Madre de Dios: notas para la historia religiosa en una obra novohispana del siglo XVII”, en Karl Kohut (ed.), *Narración y reflexión. Las crónicas de Indias y la teoría historiográfica*, México, El Colegio de México, 2007, pp. 189-215.
- Porter Casanate, Pedro
Reparo a errores de la navegación española, Zaragoza, María de la Torre, 1634.
- Portillo, Álvaro del
Descubrimientos y exploraciones en California. 1532-1650, Madrid, Rialp, 1982 [1947].
- Rodríguez, Jimena
 “Procedimientos de escritura del relato de viajes hispánico-medieval

en crónicas de la Conquista”, México, El Colegio de México, tesis doctoral, 2008.

Rodríguez, María Luisa

Del estamento ocupacional a la comunidad científica, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2004.

Romero de Terreros, Manuel

Un bibliófilo en el Santo Oficio, México, Librería de Pedro Robredo, 1920.

Skinfill, Barbara

“Los caminos de la emblemática novohispana: una aproximación bibliográfica”, en Barbara Skinfill y Eloy Gómez Bravo (eds.), *Las dimensiones del arte emblemático*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 2002, pp. 45-72.

SIERS

“Boletín informativo sobre las *Relaciones de sucesos* españolas en la Edad Moderna”, en <http://rosalia.dc.fi.udc.es/BORESU/Introduccion.html>.

Toral y Fernández de Peñaranda, Enrique

“Cuatro relaciones de méritos y servicios”, *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses*, núm. 3, (1953), pp. 103-122.

Uztarroz, Andrés de

Panegyrico sepvlral a la memoria posthuma de don Thomas Tamayo de Vargas, Zaragoza, Pedro Verges, 1642.

Vives, Juan Luis

Del arte de hablar [1553], ed. y tr. de José Manuel Rodríguez Peregrina, Granada, Universidad de Granada, 2000.